

Mientras tanto, Ramón Paz, quien, como se recuerda, estaba posicionado en el alto de Manacas en espera del comienzo de la acción, realizó esta vez de manera impecable la maniobra prevista desde el combate anterior y, bajando a toda velocidad hacia el río, encerró por la retaguardia al enemigo. Simultáneamente, algunos de los hombres de Paz, situados a media falda del firme de Manacas, intentaron detener el avance de un pelotón enemigo por ese lugar, pero en un momento determinado decidieron retirarse unos metros hacia mejores posiciones. Fue durante ese repliegue por un potrero descampado cuando fue alcanzado y muerto por el fuego de los guardias el combatiente Roberto Corría, del pelotón de Paz.

Al atardecer, después de más de tres horas de duro combate, los guardias comenzaron a dar finalmente señales de agotamiento. Se escucharon entre sus filas gritos de rendición, mezclados entre el sonido cada vez más espaciado del fuego enemigo. Interpretando tal vez que la tropa estaba desmoralizada y en situación de rendirse, e impulsado por el ardor del combate, el capitán Cuevas salió de su trinchera y comenzó a avanzar hacia los guardias con la intención, al parecer, de precipitar la rendición. Sin embargo, apenas dio unos pasos fue alcanzado por una ráfaga disparada desde las posiciones enemigas y cayó sin vida.

La muerte de Cuevas desconcertó momentáneamente a los combatientes rebeldes y frustró la probable rendición esa misma tarde del segundo refuerzo. Fue un revés de consideración, pues se trataba de uno de nuestros jefes más audaces y efectivos. Como le escribí al Che al informarle de los resultados del primer día de combate: “[...] espero que se les haya ocasionado a los guardias un enorme destrozo, pero la muerte de Cuevas tiene a todos aquí muy tristes y la casi segura victoria nos resulta amarga”. Esa misma tarde, al conocer la noticia, emití la siguiente orden:

Se asciende póstumamente al grado de

Comandante del Ejército Rebelde por su ejemplar conducta militar y su heroico valor al Capitán Andrés Cuevas, muerto en el día de hoy, cuando avanzaba sobre el enemigo. En lo adelante se mencionará su nombre con el grado de Comandante.

Márquese el sitio de su sepultura para construir allí un obelisco que perdurará con el recuerdo imborrable de todos sus compañeros de ideal.

Esta orden se cumplió en todos sus puntos. Hoy la Revolución ha construido en Purialón, a pocos metros de donde Andrés Cuevas cayó combatiendo de cara al enemigo, un hermoso monumento en memoria de quien fue uno de los más aguerridos combatientes y de los más capaces jefes del Ejército Rebelde.

Esa misma tarde también, después de recibir los primeros informes de Lalo Sardiñas, dispuse el envío a Purialón de un grupo de más de 20 combatientes desarmados que acababan de llegar, al mando de René de los Santos, con la intención de que se equiparan con parte de las armas ocupadas. A Lalo le comuniqué que pusiera al pelotón de Cuevas a las órdenes del combatiente Antonio Sánchez Díaz, conocido por Pinares, quien fungía como segundo al mando de esa fuerza.

Después de evaluar la situación sobre la base de las informaciones recibidas, le cursé esa noche las siguientes instrucciones a Lalo Sardiñas:

Este es un momento decisivo. Los compañeros tienen que llenarse de valor a pesar de las bajas. Si retrocedemos habremos perdido la oportunidad de escribir una de las páginas más gloriosas de la historia de Cuba; si resisten nuestros hombres, ese ejército no podrá avanzar y Batista estará perdido. Confío en ti que tienes valor y tienes inteligencia para afrontar la situación. Si la gente amanecer mañana pegada a los guardias los aviones

no podrán bombardearlos; si continúan ametrallando por el río, la gente se puede apartar del camino, pero tomando precauciones para cortar a los guardias, si intentan avanzar.

[...] Si en cualquier circunstancia hubiera que perder terreno, hay que resistir firmemente un poco más acá. En ninguna forma debe quedar libre el camino al enemigo. Yo estoy seguro [de] que con el destrozo que ustedes les han hecho hoy esa tropa no avanza. ¡Mucho ánimo y mucho valor que esta es una oportunidad para todos ustedes de escribir una página en la Historia!

El balance provisional del combate, al amanecer del domingo 20 de julio, era de siete muertos y 21 prisioneros enemigos, más de 20 armas y buena cantidad de parque calibre 30.06; por la parte rebelde, cuatro muertos —Cuevas, Acosta, Luna y Corría— y otros tantos heridos.

Al segundo día de combate, los combatientes de Lalo y Pinares, que habían acercado sus posiciones durante la noche a las de los guardias, volvieron a rechazar durante la mañana los débiles intentos de romper el cerco rebelde. Los hombres de Paz, por su parte, siguieron presionando por la retaguardia, aunque durante la noche muchos guardias lograron escapar hacia la playa. Al mediodía, casi 24 horas después de iniciado el combate, toda resistencia había cesado. El total de muertos enemigos se elevaba a 17, y en nuestro poder quedaban 14 fusiles San Cristóbal, 10 fusiles Garand, dos cajas de obuses de mortero calibre 81 y un arria de mulos con suministros.

Pero el resultado más significativo era que el segundo y último refuerzo al batallón cercado en Jigüe había sido rechazado. A partir de este momento, la suerte de esa tropa quedaba definitivamente sellada, y con ella tal vez —pensábamos todos— la suerte final de la tiranía batistiana.

La victoria estratégica

La Batalla de Jigüe, la rendición del Batallón 18

(Capítulo 19)

El miércoles 16 de julio, víspera del esperado combate contra el refuerzo —sobre el cual teníamos noticias de que vendría desde la playa a tratar de socorrer al batallón sitiado en Jigüe—, ya habían comenzado a ejecutarse las disposiciones relacionadas con el estrechamiento del cerco. Guillermo García ocupó con su pelotón las posiciones indicadas en la falda del firme de Manacas, directamente sobre el campamento enemigo. Mi intención era que, al día siguiente, este personal rebelde abriese fuego, lo cual sería la señal para que los combatientes ubicados en la falda del alto de Cahuara y en las demás posiciones, hiciesen lo mismo, incluida la ametralladora 50 de Braulio Curuneaux.

Curuneaux tenía también instrucciones de volver a repetir la estratagema de comunicarse con la avioneta para desinformar a la aviación enemiga acerca de la verdadera ubicación de los guardias, y tratar de lograr que descargaran sus bombas y ametralladoras, no sobre nuestras posiciones, sino sobre las del batallón cercado. Se recordará que este truco había sido empleado con relativo éxito ese mismo día 16.

Desgraciadamente, en este momento tan decisivo de la batalla no pudimos contar con una de nuestras armas psicológicas más importantes. En la mañana del 17, los combatientes que atendían

la instalación de campaña de Radio Rebelde me informaron que el amplificador se había descompuesto, y que la avería era de tal magnitud que habría que llevarlo hasta la Comandancia de La Plata para repararlo. La falta del equipo se hizo sentir desde esa misma tarde, cuando empezamos a recibir las noticias del descalabro sufrido por el primer refuerzo. No cabe duda de que haber compartido esa información con los guardias sitiados hubiese surtido un efecto psicológico muy significativo.

Al amanecer, recibí la confirmación de Guillermo de que había ocupado sus posiciones, junto con la siguiente evaluación, bastante explícita, por cierto:

Ahora sí [los guardias] no se pueden mover pues los domino perfectamente. No pueden ni bajar al río, le tengo una posta a Cien m [metros] de la casa de abajo, creo que tienen que ensuciar dentro de las trincheras.

Durante toda la mañana nuestros hombres siguieron ocupando nuevas posiciones, más cerca aún del enemigo. Se movieron, entre otros, el personal de la ametralladora calibre 30 de Rogelio Acevedo, la escuadra de Ignacio Pérez y la gente de Curuneaux. El fuego se mantuvo de manera intermitente contra el campamento asediado.

El refuerzo solicitado a Almeida llegó a la zona

de Jigüe al amanecer del día 18. Se trataba de una escuadra de 10 combatientes, ocho de ellos armados, al mando del capitán Vitalio Acuña Núñez, *Vilo*, que fueron ubicados de inmediato del otro lado del río, frente a la posición de los guardias y a la derecha de Guillermo.

Esa jornada transcurrió también en relativa calma. El foco de los acontecimientos estaba concentrado en Purialón y en el combate contra el primer refuerzo. El personal rebelde del cerco mantuvo el fuego de hostigamiento contra los guardias sitiados y se dedicó a adelantar sus trincheras y perfeccionarlas.

Durante estos días en el campamento enemigo no se observaba apenas movimiento alguno. Esa noche algunas posiciones se acercaron todavía más a las trincheras de los guardias, en algunos casos hasta una distancia de unos 40 metros. Con el parque obtenido en el combate contra el primer refuerzo había mejorado la situación de nuestros fusiles en el cerco, lo que hizo posible incrementar la potencia de fuego contra el campamento enemigo.

Aunque ya a estas alturas yo no estaba muy preocupado por la presencia de los guardias en Minas de Frío ni por la posibilidad de que pudiesen intentar un movimiento en dirección a Jigüe para apoyar a sus compañeros sitiados, no dejé